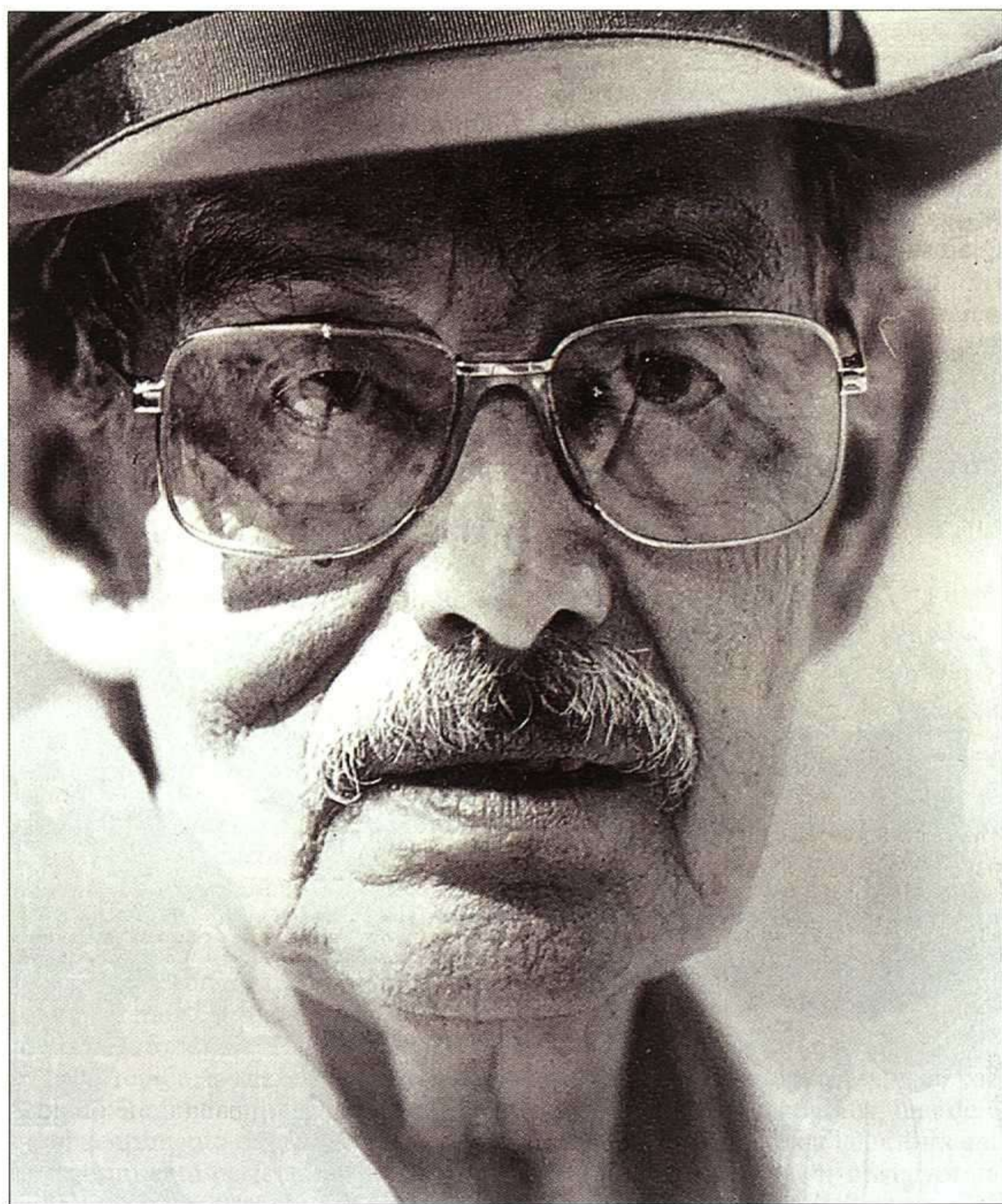


La verdad de Enric Valor

por **Antonio Rodríguez Almodóvar**



El pasado mes de enero moría Enric Valor, el escritor y lingüista valenciano que consagró su vida profesional a preservar la cultura valenciana a través de diferentes iniciativas, entre ellas, y no la menos importante, rescatar del baúl de los recuerdos las rondallas populares valencianas, para legarlas a las generaciones venideras. Muchos de estos cuentos provenientes de la tradición oral los escuchó Valor de pequeño, en su pueblo natal de Castalla, durante esos duros inviernos en los que la familia se reunía junto al fuego y se distraía a los

niños con estas narraciones. El autor del artículo, escritor y estudioso de los cuentos tradicionales, glosa en este breve texto la valiosa labor realizada por Valor en este ámbito.

Con el nuevo año se nos fue Enric Valor, a sus 88 de edad. De mis varios contactos con este venerable folclorista, e importante escritor y lingüista valenciano, guardo sobre todo el recuerdo de una tarde lluviosa del otoño de 1986, en su casa. De su profunda y discreta humanidad.

Además del factor humano, que es siempre lo primero, Enric Valor trajo a mi inmediata consideración el ejemplo de un hombre que había dedicado su vida a investigar y rehabilitar los cuentos populares valencianos. Una actividad que a buen seguro muchos habrían considerado menor, pues ha ocurrido en otros casos. Y sin embargo él estaba ajeno a esa posible estimación, como sin duda lo estuvieron sus antecesores en el ámbito del catalán: los Amades, Alcover, Serra i Boldú, etc. Y como lo estuvieron en su día los folcloristas andaluces, con Machado y Álvarez a la cabeza, o los asturianos, con Aurelio de Llano, o los castellanos, con Luis Cortés Vázquez, o los Aurelio Espinosa, etc. Cada cual seguro que se lo planteó como si es-

tuviera realizando la tarea cultural más importante del siglo, y en buena medida así era. Inasequibles al desaliento, como se dice ahora, sintiendo la atracción, en cierto modo fatal, de una estrella fija en el cielo: la de la cultura popular.

En diciembre del año pasado, en su discurso de recepción del Premio Nobel de Literatura, Günter Grass reconocía el inmenso valor de la tradición oral en la literatura, y se remontaba, respecto a la influencia recibida por él mismo, a la novela picaresca española, sabedor de que ésta había bebido a su vez, incansablemente, de los viejos relatos populares de pobres inteligentes y ricos necios, de gigantes con un solo ojo, o de pellejos de vino acuchillados por un padre celoso, de príncipes abusadores, de tontos que devienen listos, etc. «Nosotros, tan sumamente concentrados en lo escrito, hemos conservado el recuerdo de la narración verbal, del origen oral de la literatura.» Ya antes, en 1927, lo había dicho Vladimir Propp: «El comienzo de todas las literaturas cultas es folclore traducido».

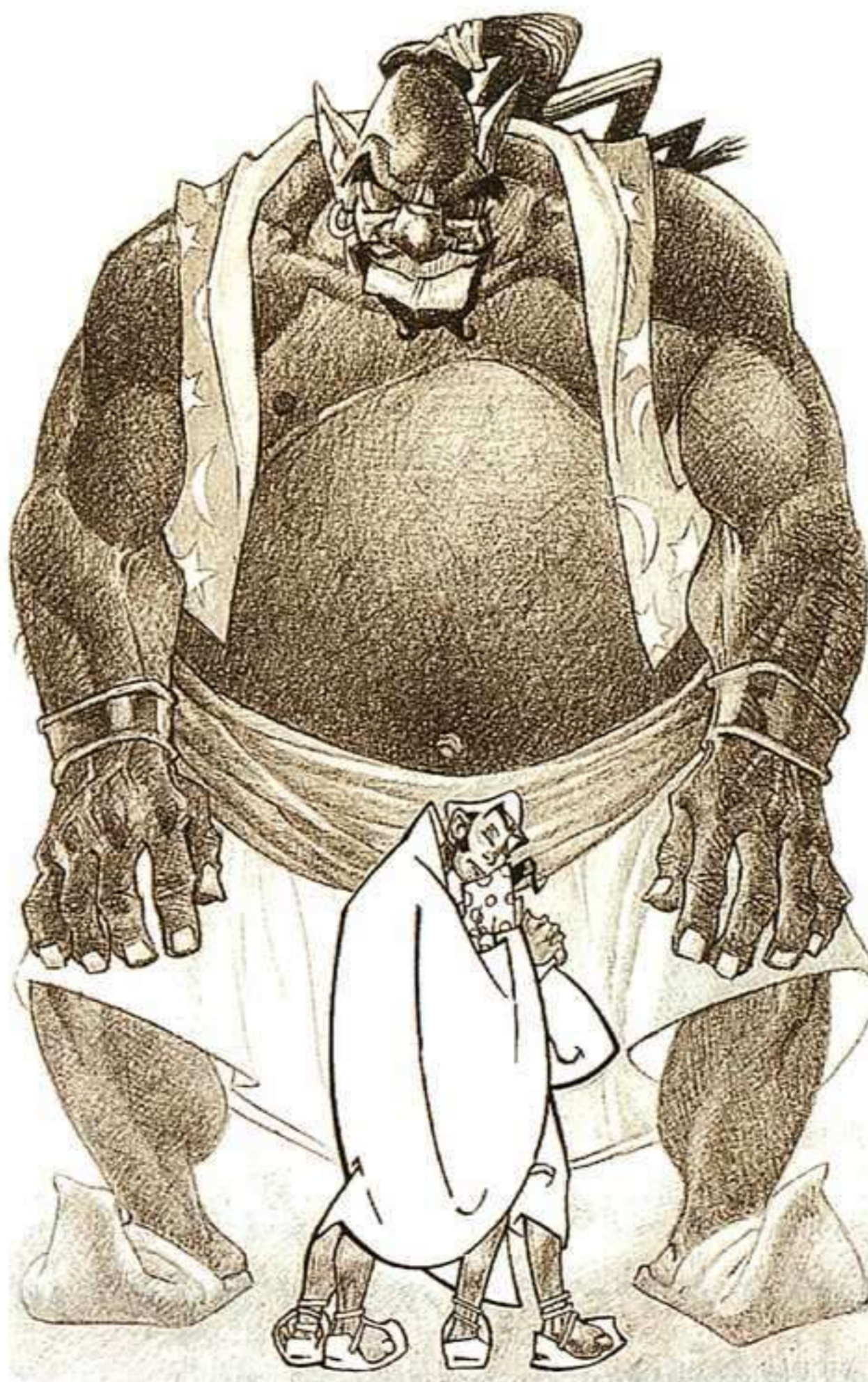
Salvar los cuentos populares

Conocer a Enric Valor —a quien ahora se reconocerá, como pasa siempre— fue en cierto modo como tener la garantía de que este oficio continúa siendo un seguro contra el olvido; que el legado de nuestros ilustres antepasados no se ha disuelto en curiosidades más o menos decimonónicas. Enric Valor, atento por demás a otros factores de la cultura en su lengua vernácula, tanto tiempo perseguida, había sobrellevado con ejemplar estoicismo todos esos embates, y al cabo ha resultado vencedor. Hoy es un referente indiscutible de la cultura valenciana, por más que los torpes gobernantes actuales de esa comunidad le hicieran un nuevo cerco, al no prestarse él a la pretensión, acientífica y digna de toda risa, de que el valenciano sea una lengua independiente del catalán.

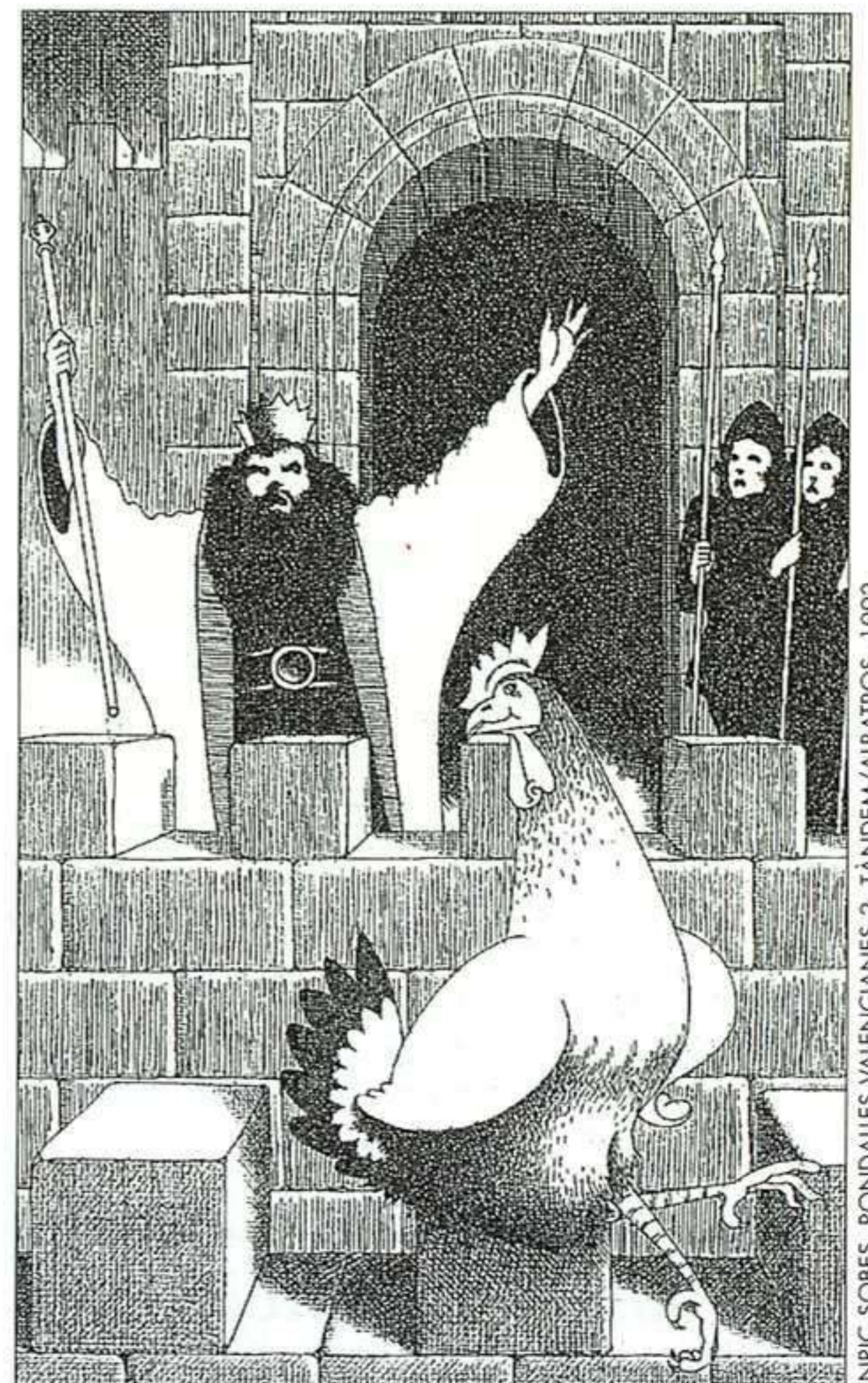
Me complace a mí, particularmente, resaltar el que creo uno de sus mayores logros: salvar los cuentos populares valencianos de una muerte que ya tenían segura —como los de otras muchas par-



FRANCESC SANTANA, RONDALES VALENCIANES 2, EDICIONS DEL BULLENT, 1992.



FRANCESC SANTANA, RONDALES VALENCIANES 1, TÀNDEM/ALBATROS, 1992.



ENRIC SOBES, RONDALES VALENCIANES 2, TÀNDEM/ALBATROS, 1992.

tes de España—, y entregárselos a las generaciones venideras, esto último con la ayuda de dos abnegadas profesoras, Gemma Lluch y Rosa Serrano, que los han puesto a circular por nuevos caminos pedagógicos. Pero hay gente que cree que esto es imposible, si no inútil, pues suponen que esa narrativa está demasiado ligada a una época y a unas formas de vida que ya casi no existen. Tal impresión procede, sin duda, y en primer lugar, del prejuicio adquirido con la lectura de versiones hermo­seadas, mutiladas y paniaguadas de los verdaderos cuentos populares; en segundo, de la percepción de elementos externos que se fueron adhiriendo a unas historias que son, sin embargo, en su estructura narrativa, formas básicas del pensamiento simbólico. Algo que ha sido revalorizado por estructuralistas, semiólogos y psicólogos del más variado espectro, y que surge de la única revolución cultural que merece tal nombre: la del Neolítico.

Una y otra vez se certifica esa especie de milagro incomprensible, por el que un cuento como *El gegant del romani*, recogido por Enric Valor en Valencia, lo fuese antes por Afanasiev en Rusia (*El corredor veloz*), o por los hermanos Grimm en Alemania (*La bola de cristal*), o por varios compiladores castellanos (*Los animales agradecidos*). Así ocurrirá con infinidad de ellos: *El castell del sol* (*Blancaflor*); *El xiquet que va naixer de peus* (*Los tres pelos del diablo*); *El mig pollet* (*El medio pollito*); *L'amor de les tres taronges* (*El amor de las tres naranjas*)... Todos sustancialmente el mismo cuento, todos peculiarmente distintos. Nunca se insistirá lo bastante en la deslumbrante paradoja en que desembocó el movimiento nacionalista surgido como reacción contra Napoleón en toda Europa, tras aquella búsqueda desafortunada de señas de identidad en cada región, o incluso comarca, del Antiguo Régimen, sobre las que afianzar el sentimiento de una patria oprimida. Sentimiento perfectamente legítimo contra cualquier tirano, y especialmente si se dedica a reprimir la primera y más noble forma de expresión: la lengua materna, como ocurrió con Franco. Pero a resultas de esa búsqueda vino a descubrirse lo que nadie se esperaba: que los modos populares de cultura son a menu-



ENRIC SOLBES, RONDALES VALENCIANES 7, TÀNDEM/AIBATOS, 1995.

do los más universales, por semejantes entre sí; mucho más que los de la cultura académica. Costumbres, ritos, tradiciones de toda índole, mostraban un asombroso parecido aquí y allá. El fiasco fue monumental, pero muchos no acabaron de asimilarlo, ni de aceptar lo que en verdad eso significa: que los lazos para la concordia, y no para la división entre los pueblos, han de buscarse precisamente en la cultura ancestral. En nuestro caso, el mayor favor que nos hicieron los Hermanos Grimm no fue legarnos un excelente repertorio de cuentos alemanes, sino brindarnos la oportunidad de comprobar que todos ellos los teníamos aquí desde tiempo inmemorial, y no porque nuestros campesinos los hubieran leído en ediciones im-

portadas, dado que sencillamente nuestros campesinos —valencianos, andaluces, gallegos, manchegos—, no sabían leer. Y aquí es donde la paradoja da la vuelta: también es evidente que no son los mismos cuentos, sino que cada uno ha tenido un desarrollo autóctono por vericuetos insospechados, en una arborescencia de lo local que acaba produciendo ese legítimo sentir de lo propio como único, gracias a una verdad igualmente profunda: la verdad del detalle, de la expresión, de la palabra vernácula en su maravillosa exactitud. La verdad, también, de Enric Valor. ■

*Antonio Rodríguez Almodóvar es escritor y estudioso de los cuentos populares.